



BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

VALENCIA

NÚM. 4

ENRIQUE LASO

No he nacido para ser pierna, ni manos, ni labio

Ni siquiera he nacido para ser corazón o
cerebro

No nací para restar media vida trabajando

He nacido para ser lágrima/ y beso/ y sabor/ y aliento

He nacido para ser pensamiento

Y de pensamiento en pensamiento
con los años convertirme en sueño



Del poemario "Lo que los árboles me contaron"

Reproducido con permiso de su familia

IN MEMORIAM

PODRÍAS HABER SIDO TÚ

Álvaro Herrero

Sonaba una canción del primer disco de Estopa, iban emporrados hasta las cejas y la vida en aquel momento les parecía maravillosa. Estaban fuera del pueblo, cerca de una cantera, mientras llegaba el amanecer después de una noche de fiesta, esas fiesta de pueblo con verbena hasta las seis de la mañana. Un par de polvos que los habían hecho sudar más que bailar el típico Fiesta Pagana que cierra esas noches de risas y cubatas con los amigos de toda la vida.

La España de principios de los dos mil en pleno auge, y el Seat Ibiza rojo que crujía bajo el movimiento de sus cuerpos desinhibidos por completo. Dieciocho años casi recién estrenados y un futuro prometedor. Él a punto

de entrar en la universidad, ella a un año de acabar el bachillerato. La vida por delante, las preocupaciones en otra parte. Las vacaciones de verano siempre han sido para eso, para amores pasajeros, para sexo imprevisto, para borracheras, para tardes en la piscina jugando partidas de cartas que no acaban nunca, para llenar la calle de restos de pipas y colillas clandestinas. Cuerpos escurridizos en manos poco expertas, sexos húmedos que no se sacían.

—¿Sabes qué? —Habló él después de un rato.

—Dime, Fer.

—Creo que te quiero. —dijo riendo.

—¿Qué dices?

—Eso, que te quiero.

—Vas fumado, así no vale. —Ella miraba por la ventana, dejando que él acariciara su espalda, mirándola con aquellos ojos rojos por culpa del humo.

—Claro que vale, vale más. —replicó él, enfadado. —Te quiero desde que tenía siete años y me pegaste una hostia en la piscina. ¿Te acuerdas?

Cristina lo miró, y esbozó una sonrisa fruto de la nostalgia y del efecto de la marihuana en su organismo.

—¿Te acuerdas? —Repitió él.

—Claro que me acuerdo, idiota. Me querías bajar las bragas del bikini, siempre has estado igual de salido.

—Fer ha estado siempre ahí, es como ese árbol que no se mueve del camino, que sigue ahí con el paso de los años. Una parada de metro que pisas día tras días, Fer es eso tan común en tu vida que dejas de darle importancia. —Pues yo no te quiero.

—Me quieres, aún no te has dado cuenta pero me quieres. —Se enciende un cigarro que le sabe a mierda después de todo. Está convencido de lo que dice. —Tienes que quererme. — Es casi obligada esa reciprocidad que

se sobreentiende en cualquiera relación. —Cuando me plantaste toda la palma de tu mano en la mejilla me dije: es ella, me casaré con ella, tiene carácter como a mí me gusta.

—Eras un niño, ni de coña pensaste eso, Fer. —Se gira y lo mira, dejando que sus labios lo devoren durante un instante.

—Hazme caso, mi abuela siempre dice que soy muy listo, y las abuelas siempre tienen razón. Eso dice todo el mundo. —Le muerde el labio y tira de él, mirando sus ojos claros.

—Entonces me quieres. —dice Cristina, y él asiente convencido. —Entonces, hagámoslo otra vez.

Y se sienta sobre él, y sus cuerpos se vuelven a acoplar con la facilidad que tienen los adolescentes para eso. Y lo hacen como si un coche fuera el mejor sitio para el sexo, que a veces lo es, sobre todo si tienes dieciocho años y mientras follas todo te da igual.



DIFERENCIAS

Paola Tena

Que si puede pasar, pregunta usted
otra vez.

Como cada tarde, de cada día.

Y yo le respondo que no
como hago siempre, a la misma hora.

Usted se enfada, puntual;
ya son las cinco, y el té está servido.

No se ofenda, le repito.

No se moleste en alardear de sus
carencias
como si esgrimiera un justificante a
mi negativa.

No amenace con los puños cerrados.

Ni frunza el ceño como un gorila.

Le suplico que no insulte ni dé voces.

Es porque soy diferente, ¿es por eso?

Y yo como cada día
a las cinco de la tarde, le respondo:

No, señor mío, no es por eso.

No lo dejo pasar
porque es usted demasiado,
y muy tristemente,
igual al resto de ejemplares
que pulula dentro.

EL MAYORDOMO

Ernesto Tancovich

Atendiendo los caprichos de
mi mujer he cometido el peor
error de mi vida. Jamás debí haber
empleado como mayordomo a uno de
esos monos lampiños que llaman hu-
manos. Resultó ser un perfecto im-
bécil. Cada vez que King Kong viene
a cenar lo paraliza el terror, los ojos
se le hacen el dos de oros, la boca

una abertura de madriguera y sus pocos pelos se erizan, dándole un desagradable aspecto de puerco espín. Le tengo dicho claramente que no son maneras de recibir a los invitados. Mañana mismo, sin pedir opinión a mi mujer, lo pondré de patitas en la calle. Ya tengo apalabrado un chimpancé muy aplomado y compuesto, excelente muchacho, cuya familia conozco bien.

MADE IN CHINA

Adela Torres

Hola, ¿cuánto es esta?

Made in China, polietileno alta densidad. Apta para uso alimentario y microondas.

—¿No tiene de litro?

No usar en horno. No usar grill. Consulte sugerencias de recetas en el interior del paquete.

—Bueno, me la llevo. ¿Tiene cambio de veinte?

No calentar en microondas con la tapa puesta. Hermético.

—¡Mamáaaaa, toma la fiambrraaaa!

—Tráela a la cocina.

No meter en la nevera mientras está caliente.

—Acuérdate de traérmela mañana.

—Vale.

—Pero limpia, ¿eh?

—Vale.

—Te pongo lomo en salsa, ¿quieres un plátano?

—No.

—Te pongo un plátano igual, tienes que comer fruta.

—Vale.

—La bolsa no la tires que te vale luego.

—Vale.

Apta para congelación. Guardar los alimentos siempre en la nevera.

—Te dije que la traieras limpia.

—Es que lo rojo no se va.

—Lo que pasa es que no lo has fregado

bien, trae, mira.

—Deja, mamá, si no me importa.

—Pero que se queda fea, y mira que es nueva.

No lavar en lavavajillas.

—¿Ves? Ya no hay rojo.

—Está rayada del estropajo.

—Eso da igual. Te pongo macarrones. ¿Quieres un yogur?

—No.

—Te pongo un yogur igual. De coco.

—El de coco no me gusta.

—Bueno, pues de fresa. Déjala a remojo y se irá el rojo ese que no te gusta. Ponle una gotita de lejía.

—Vale.

—¿Tienes lejía en casa?

—Creo que sí.

—Bueno, ahora cuando te vayas compra, que siempre hay que tener lejía en casa.

—Vale.

—Mañana haré paella, acuérdate de

traerme la fiambreira.

—Vale.

—Dame un beso.

No usar productos de limpieza abrasivos.

—Ay, menos mal que has venido, ¿me has traído la fiambreira?

—Sí, pero...

—Te pongo lentejas, y te he dejado unos botes con caldo y con guisado de carne, tienes pimientos rellenos ahí en la bandeja del horno, ponlos en la bolsa, es que no tengo fiambre-ras aquí. Toma, te he comprado dos barras de cuarto. En cuanto llegues a casa congelas una.

—Mamá, que no hace falta, estoy bien...

—Ya, y luego tienes la casa llena de cochinadas y Yamamotos.

—Yatekomos, solo los tengo por si acaso, no te preocupes. Venga, vámonos al hospital. ¿Llevas la bolsa, lo has cogido todo?

—Creo que lo tengo todo. Ay, mira a ver si he cerrado la persiana del cuarto de plancha, haz el favor. Luego vienes y miras la nevera, todo lo que haya fresco te lo llevas a casa, ¿eh?

—Venga, mamá, vámonos.
No contiene Bisfenol-A.

—¿Cómo estás, mamá?

—Pues un poco cansada. ¿Has venido directamente desde el trabajo? ¿Has comido?

—Me he traído el táper con pimientos, no te preocupes. Abajo hay microondas. ¿Tú estás bien? ¿Qué ha dicho el médico?

—Nada, quieren ver cómo voy un par de días más, no sé qué de la arteria. Ahí hay muy pocos pimientos, no te quedan más, ¿verdad?

—No, pero no te preocupes, tú descansa. ¿Necesitas algo?

—Tráeme una libreta que te apunto la receta de las lentejas. Y de los pi-

mientos también, que te gustan mucho. ¿Has pasado por casa? Luego pasas y te llevas lo que hay en el congelador.

PRECAUCIÓN: no verter líquidos hirviendo.

—¿En serio vas a dejar una fiambrera en el nicho de tu madre?

—Déjame.

Este producto cumple con las normas de comercialización de la UE.

EL SECRETO DE LAS AZALEAS

Antonio Sánchez Bejarano

De rodillas, y en medio del jardín de su casa, Ruth cavaba un agujero a primera hora de la mañana. Cada poco paraba, dejaba la paleta en el suelo, se ajustaba los guantes amarillos y aprovechaba para acercárselos a la cara y oler las briznas de hierba y

tierra que se habían quedado pegadas. Ruth, cerrando los ojos por un momento, se dejó llevar por aquel aroma dulzón a naturaleza que le acompañaba todos los días después de tomar un café y una tostada de centeno en el porche.

Las azaleas, como si fueran bañistas tomando el sol, yacían en el suelo las unas al lado de las otras, esperando a que Ruth terminara de hacer el agujero y poder lanzarse de cabeza a aquella piscina de abono y tierra. De fondo, el perro de la señora Williams ladraba a las ardillas que, desde la punta del álamo, movían sus colas con una coreografía burlona y nerviosa que enfurecía aún más a Bobby. «Ese perro tiene el mismo carácter que su dueña», pensó Ruth, acordándose del día que la señora Williams irrumpió en su casa para quejarse del ruido que estaban haciendo en la celebración del décimo cumpleaños de Martin, su

nieto. «Ella no tiene la culpa de que la única celebración que ha hecho en su vida haya sido la del entierro de su marido», dijo, excusándola.

Ruth vestía una blusa morada de manga corta, unos pantalones de pinzas con un lazo a la altura de la cadera y unas cómodas zapatillas que su hija Caitlyn le había regalado el día que cumplió los ochenta. De normal se habría puesto un vestido viejo para poder mancharlo sin preocuparse, pero sabía que él iba a estar observándola desde su ventana, como hacía todas las mañanas a esa misma hora.

Ruth se había percatado de aquel desconocido el día que, intentando regar las begonias, no pudo encontrar la manguera por ninguna parte. Empezó a maldecir y a hacer aspavientos intentando recordar dónde la había dejado, hasta que, airada, dio media vuelta y lo vio detrás de su

ventana con gesto serio y el pelo despeinado. Ruth se paró en seco; no quería parecer una de esas que hablaban solas y clamaban al cielo como, por ejemplo, haría la señora Williams. Tras alisarle el vestido y quitarse un mechón de pelo gris de la frente, Ruth dibujó una sonrisa en la cara a la vez que saludó con la mano. Aquel desconocido de más o menos su edad, levantó el brazo y le devolvió el saludo acompañado de una leve inclinación de cabeza.

Desde aquel día lo empezó a ver siempre muy tieso detrás de la ventana, sin perder ni un solo detalle de ella, mirándola fijamente con ojos bondadosos y casi sin pestañear. Ruth, lejos de asustarse, se sentía alagada hasta el punto de ruborizarse entre medio de las margaritas que, cuchicheando entre ellas, se daban codazos en los tallos para que ninguna perdiera detalle. Aquel des-

conocido de arrugas marcadas y camisa a cuadros, posaba la mano en el marco de la ventana con la gentileza de alguien que arropa a un bebé en medio de la noche mientras observaba a Ruth cuidar de su jardín.

Un día Ruth, muerta de curiosidad, pensó en acercarse y entablar conversación, pero ¿por qué no tomaba él la iniciativa?, se preguntó. A Ruth le daba rabia que no saliera a darle los buenos días más allá de un gesto con la cabeza o un movimiento de cejas que le prodigaba detrás del cristal. Lo mismo es tímido, pensó..., o mudo.

Después de plantar las azaleas, Ruth se levantó con cuidado y fue hacia la mesa a servirse un poco de zumo de limón. El perro de la señora Williams ya había parado de ladrar y dormía plácidamente dentro de su caseta. Las nubes se mezclaban las unas con las otras como si bailaran una extraña danza tribal en medio de

una inmensa pista de baile azul. Ruth bebió un sorbo y miró de nuevo hacia la ventana. El desconocido, con una taza de té en la mano, alzó el brazo a modo de brindis; Ruth, tras observarle unos segundos, alzó también el suyo. De repente, un *cling* sonó en el aire, diluyéndose de inmediato entre medias del silencio. Aquel sonido fue como si realmente hubieran entrecocado los vasos, pero solo era Bobby que, al desperezarse, había hecho ruido con la cadena a la que estaba atado.

Ruth dejó el vaso en la mesa, al lado del frutero de barro que ella y Caitlyn habían hecho con ayuda de Martin. Estaba cansada. Ya no tenía la agilidad que tenía antes, pero nadie la iba a disuadir de cuidar su jardín como había cuidado a su propia hija. «Toda la vida preocupándome por los demás y ahora ya

nadie me necesita —solía decir a sus plantas mientras las regaba con delicadeza—. Eso sí, vosotras nunca me falláis.»

A lo lejos sonó un teléfono. El desconocido se dio la vuelta y corrió a la mesilla del comedor a atender la llamada.

—¿Sí?

—Hola, papá —dijo una voz femenina—. ¿Cómo va todo?

—Bien, cariño..., como siempre —contestó sentándose en el sillón—. Ya sabes que a mejor no va a ir, pero se me parte el corazón cada vez que miro por la ventana a tu madre y no me reconoce.

—Tienes que ser fuerte, papá... Todos tenemos que serlo.

—Lo sé, Caitlyn, lo sé.

En el jardín, y arrodillada de nuevo, Ruth empezó a hacer otro hoyo para plantar una nueva remesa de azuleas mientras, poco a poco, cavaba

en su propia memoria intentando encontrar el porqué aquel desconocido de detrás de la ventana le era tan familiar.

SELECCIÓN



<https://ngc3660.com/>

LUCES EN LA NOCHE

José Andrés Hidalgo

Después de conducir innumerables horas a bordo de aquel coche alquilado en el aeropuerto, y guiado por un muy poco cordial GPS, por fin llegó a su inhóspito destino escondido entre las áridas montañas de esa perdida región minera argentina.

Aparcó el coche donde pudo y se dispuso a caminar sendero abajo. Antes,

había repasado por última vez los informes de las observaciones y cálculos traídos desde su Estocolmo natal, sede también de su cátedra de Astronomía. ¡Por fin! Horas y horas tras el telescopio culminaban en la aventura de llegar hasta allí.

Su pulso se aceleró a medida que se acercaba a su destino. Poco a poco, la soledad y oscuridad del lugar en aquella noche que, esperaba, resultara ser de lo más esclarecedora, fue salpicada de pequeñas luces de linterna que, en una suerte de romería, fueron apareciendo aquí y allá. Sus portadores, parecían llevar el mismo recorrido y dirección que él, y según se los iba cruzando, lo saludaban con sonrisas cómplices y gestos de asentimiento. Trascurrido un rato, llegaron por fin a un descampado. Algunos, probablemente los primeros en llegar, habían mantenido encendidas varias modestas fogatas que además



Y aunque sabía que no es oro
todo lo que reluce, no podía
dejar de pensar que aquella
oportunidad brillaba muchísimo.

@Ganorabako

-Vuelve a la cama -me susurró el fantasma.

-Pero tengo que ir a trabajar -dije yo, aterrado.

-Por favor, papá. Vuelve a la cama.

@Tuitiritero

-¿Y dice usted que viene a la consulta...?

-Por mi muñeca hinchada.

-Ya veo. ¿Cuál es el problema?

-Pues que no me habla.

-Es que las muñecas hinchables no hablan.

-Pues yo no puedo hacer el amor con ella sin conocerla, doctor.

-Siéntese en el diván.

-Voy.

-Usted no, la muñeca.

@SiMeLaTarareas

de proporcionarles algo de calor, iluminaban la vetusta y semiderruida fachada de una construcción ya abandonada no se sabía hacia cuánto. Él, el profesor Bosse, saludó a sus colegas de profesión que habían estado esperando ansiosos. Estos, eran precisamente los mismos con los que había estado intercambiado durante meses ingentes cantidades de información y datos, precisamente desde el primer momento en que tuvo lugar el avistamiento y su posterior seguimiento.

El equipo, en definitiva, además de por él mismo, estaba compuesto por el coreano Gun-hyung y el mejicano Rodrigo Cuevas. Ahora el trío observaba expectante aquella fachada pobremente iluminada, y como si con anterioridad lo hubieran coreografiado, los tres comenzaron a caminar al unísono hacia la puerta de aquella estación de tren abandonada. Justo antes de atravesarla, echaron un vis-

tazo hacia arriba, fijando la vista sobre su dintel: aún podía distinguirse un nombre en el sucio cartel que medio colgaba en lo que fuera aquella estación, en un remoto pueblo de la región argentina de Catamarca. El cartel decía: Belén...

CALMA

Patricia Álvarez Prieto
*Al final de la estantería...
llenando vacíos*

Sentada en el sillón más cómodo de su casa, dejando pasar las horas. La tristeza le inundaba como quien deja avanzar sus años más fructíferos. Con la sensación de que todo lo bueno que transitaba por delante, debía ser dolorosamente rechazado en su vida.

Se levantó, salió de aquellas cuatro paredes, caminó y caminó hasta llegar a su lugar favorito.

Llegada allí, tocó su tacto con los pies descalzos, la arena. Abrió los brazos y sintió el aire bendito en su cuerpo casi despojado por completo de vestiduras. Olió a salitre.

Mar profundo, en calma,

Mar que ahogas todas las penas...

Despacio, pero con paso firme a pesar de las ondulaciones de la tierra, llegó hasta la orilla. Y de pronto se zambulló en aquellas olas, arrastrada por ese ensueño. Dejó de sentir pesar; el dolor desapareció, la frustración y la rabia se marcharon. Su pelo alborotado, su piel desnuda rodeada de agua salada y el sonido de su corazón lento, pausado... Y allí quiso perderse. Allí quiso renovarse y comenzar de nuevo. No necesitaba nada más. Su mar...



SELECCIÓN

EXTINTA

<https://medium.com/extinta>

REVELACIÓN BAJO LA LLUVIA

Fernando J. Palacios

El cielo estaba tan oscuro aquella tarde que se sentía llover en blanco y negro. Los truenos parecían que fueran a partir el cielo, como si las nubes pudieran derrumbarse del modo que podría hacerlo el techo de una vieja casa, podía sentirse el inmenso silencio antes de cada estallido, el corazón, sin pretenderlo, se encogía infantil y animal con cada explosión hasta el punto de poder llegar a entender el porqué los antiguos germanos tomaron por un dios a tal estruendo.

No sé a cuento de qué, me dio por pensar en mitad del aguacero en Yákov Petróvich Goliadkin, el personaje de El doble de la novela de Dostoievski. Quizá porque hubiera preferido entonces no haberme visto obligado a cruzar la ciudad bajo la tormenta y una parte de mí se hubiera quedado de veras en casa, y yo fuera el perfil de una mano que aparta una cortina y unos ojos que mirasen la tormenta por la ventana, un débil perfil que se apartara al poco rato, oscuridad adentro, a terminar de leer una novela de Robert Walser que tenía todavía a medias mientras el incesante goteo, que para mí ha sido siempre el sonido de una soledad perfecta, golpeara con violencia los alféizares de metal y los cristales de las ventanas.

Perdido en la extraña melancolía de un acto que me era imposible, casi pisé por descuido a una enorme ba-

bosa de color marrón que trataba de cruzar de un lado a otro del camino por el que yo también transitaba. Sentí un extraño alivio. No me hubiera perdonado terminar por descuido con la vida de tan afanosa criatura. Como en una revelación, como con la rapidez de los sueños que están a punto de desaparecer un segundo antes de despertar, recordé los comienzos de la novela de El doble de Dostoievski y de La metamorfosis de Kafka. Y me pareció que eran el comienzo de la misma historia, incluso que eran el mismo libro escrito en tiempos distintos y que Kafka se lo había callado durante todo aquel tiempo, como si hubiera querido guardarse para él el secreto hasta que un día, bajo el aguacero, el pensamiento de una mano que aparta una cortina y una babosa que se arrastraba tratando de cruzar de césped a césped del parque pudieran acaso desvelarlo



Diego Miguel Alba

Las pintadas en las paredes del reino denunciaban injusticias y pedían la cabeza del tirano.

El pintor del pueblo confesó tras una larga sesión de tortura.

—¡La pena será ejemplar! —pontificó el rey. —Deberá limpiar todas las paredes primero, luego...¡cortadle las manos!

Eso supuso el fin del asunto aunque el soberano, temiendo una revuelta popular, se encerró en la seguridad de su fortaleza.

Al día siguiente las pintadas volvieron, esta vez dentro de su propia habitación.

Ya no había garantías para el rey. El miedo lo perseguía en forma de terri-

bles pesadillas donde las manos cortadas del pintor venían a ahorcarlo. La tercera noche despertó gritando y salió corriendo por la habitación. En su loca huida cayó por el balcón de los aposentos reales.

Durante los funerales, el príncipe heredero lloró y juró venganza. Nadie prestó atención a sus manos manchadas de pintura.

TUBERÍA EFÍMERA DEL VACÍO

Víctor Yanes

Cái por la ladera. Bravo en mi estupidez de trece años, competí con otro muchacho, tan arrogante y soberbio como yo, para demostrar quién de los dos era capaz de hacer la más grandiosa temeridad que, con suerte milagrosa, no terminara por convertirse en una repentina monstruosidad de tetraplejas.

Trepábamos con nuestros cuerpos livianos y delgados por las paredes de los edificios y por las cornisas sin red. Parecíamos gatos rapidísimos saltando muros, guiados por el olfato del latido del corazón al galope y el grifo del sudor ansioso, como una oscura presencia, en nuestras manos resbaladizas. Era el filón terrible del miedo para salir airosos del acoso constante de la melancolía. Una tarde caí y en una fracción de segundo no sentí nada. Cuando caes sin control, el cuerpo no es nada y tampoco hay pensamiento. No hay miedo. Lo único que existe es una nada más grande que todos los planetas del universo juntos. Tras esa fracción de segundo está el impacto final, pero no hubo impacto, mi cuerpo se frenó al borde de un pequeño precipicio de doscientos metros y sentí, atrapado en un miedo de cuchillos helados que van a atrave-

sarme la carne, un futuro inmediato de lesiones medulares, sillas de ruedas y camas articuladas, en el mejor de los casos. Salí de ese límite, de esa frontera de la vida que perfectamente pudo llevarme a la muerte. Una vez en pie y con sangre en los brazos, mi soberbia de retador había desaparecido. No quedaba casi nada. Solo un chico de trece años asustado, mudo y con los ojos bien abiertos. Volé demasiado alto y casi muero, aquel miércoles 27 de mayo de 1987.

A KAGE NO LE GUSTABA TOKIO

Begoña Pérez Ruiz

Podía asegurarse, sin ningún margen de error, que a Kage no le gustaba nada Tokio y que su nueva casa en el barrio de Koto le parecía un horror. Akira se había preocupado mucho por semejante

reacción, sabía que aquel cambio habría de afectarle, todo el mundo necesitaba tiempo para habituarse a una mudanza como aquella. La vida en el pueblo, en medio del campo, nada tenía que ver con aquella otra que ahora afrontaban en plena capital. Ninguna persona podía adaptarse a algo así en un poco tiempo y un gato como Kage menos aún.

Lo que Akira no podía sospechar es que Kage lo que más echaba de menos era a los yokais. La vieja casa de campo estaba llena de ellos y Kage se había acostumbrado a contemplarlos a diario, eran como compañeros, aunque solo él pudiera verlos y percibirlos. Pero en aquella fría casa de Koto no había ni un solo yokai y Kage se hundió en una triste añoranza.

Durante días, y pese a la insistencia de su amo, fue incapaz de salir a pasear por el jardín. Y cuando al fin decidió hacerlo, se armó de valor y

cruzó los límites de su casa. Sentía la imperiosa necesidad de encontrarse con algún yokai o descubrir el motivo por el que en esa inmensa y abarrotada ciudad no hubiera ninguno. Solo cuando su paseo de curioso felino le llevó hasta el puerto de Tokio encontró la razón de que en aquella comarca no hubiera yokais.

Allí, muy cerca de la bahía, en medio del mar se encontraba el único yokai que poblaba en toda esa zona, imposible que cualquier otro quisiera compartir territorio con algo tan terrible y colosal. Kage, sin embargo, lo contempló con felicidad y al instante en su mente se materializó el nombre con el que se conocía a aquel demonio enorme: Godzilla.



Puedes colaborar con nosotros enviando relatos de hasta 800 palabras (no hay mínimo inferior), poesías de hasta 20 versos o simplemente ponerte en contacto en:

REVISTAPAPENFUSS@GMAIL.COM



PAPENFUSS

ELABORADO ÚNICAMENTE CON PAPEL ECOLÓGICO
Y LOS MEJORES RELATOS Y POEMAS
GRATIS SIN ADITIVOS DIGITALES •

• PUEDE HABER TRAZAS DE SOFTWARE DE MAQUETACIÓN
Y DE RRSS PARA LA PROMOCIÓN Y RECEPCIÓN DE ORIGINALES

Queremos agradecer a nuestros colaboradores sus aportaciones:

ngc3660
ngc3660.com

EXTiNTA
<https://medium.com/extinta>



HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO

- ÁLVARO HERRERO
- PAOLA TENA
- ERNESTO TANCOVICH
- ADELA TORRES
- ANTONIO SÁNCHEZ BEJARANO
- @GANORABAKO
- @TUITIRITERO
- @SIMELATARAREAS
- JOSÉ ANDRÉS HIDALGO
- PATRICIA ÁLVAREZ PRIETO
(AL FINAL DE LA ESTANTERÍA)
- FERNANDO J. PALACIOS
- DIEGO MIGUEL ALBA
- VÍCTOR YANES
- BEGOÑA PÉREZ RUIZ

